

cerse mucho tiempo antes de la expedición, solo se necesitaban tres ó cuatro horas para el embarque de los hombres, caballos y la artillería de campaña. No estaba todo listo sin embargo: habíanse quedado algunas divisiones rezagadas desde el Havre á Boloña: las lanchas de la guardia particularmente, al mando del capitán Dangier, no habían llegado aun: la flotilla bátava tenía á Napoleón bastante disgustado, pues aunque confiaba enteramente en el almirante Verhuell, no se había concluido el equipo de una parte de esta flotilla, ya fuese por descuido de parte del gobierno holandés, ó ya mas bien, y esto parece mas verosímil, por las dificultades mismas de la empresa. Las dos primeras divisiones estaban reunidas en Ostende, Dunkerque y Calais y la tercera aun no había salido del Escalda. Necesitaba, por último, Napoleón, asegurarse bien de otro movimiento indispensable para el buen éxito, cual era el de reunir toda la flotilla bátava en los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez, estrechándose mas en los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimerieux, Boloña y Etaples. Las dos flotillas debían salir juntas y con el mismo viento á tres ó cuatro leguas de distancia una de otra. Dos cosas hay sin embargo, en las grandes operaciones que se invierten con una prontitud y estension que se hallan fuera del alcance aun de los espíritus mas positivos, á saber, el dinero y el tiempo. En los primeros dias de agosto, conoció Napoleón que no podía hallarse todo corriente antes del mes de setiembre, y mandó al almirante Latouche que difiriese un mes la expedición; consolábase de este retraso, creyendo que se podría emplear este mes

en prepararse mejor, y decia que aquella estación además de ser escelente, tenía la ventaja de ser las noches mas largas (1).

Mientras tanto quiso dar al ejército una gran función propia para entusiasmar á las tropas, sin embargo de lo mucho que ya lo estaban. Así como en el aniversario de 14 de julio distribuyó en la iglesia de los Inválidos á los principales personajes del Imperio las grandes condecoraciones de la Legion de Honor, se le antojó repartir por sí mismo al ejército las cruces que debían darse en cambio de las armas de honor ya suprimidas, y celebrar esta ceremonia el dia de su natalicio, á orilla del Océano y en presencia de las escuadras inglesas. El resultado correspondió á sus deseos, siendo aquel un espectáculo magnífico de que hablan los contemporáneos con sumo placer.

(1) He aquí el contenido de esta nueva orden.

Al ministro de marina.

2 de agosto de 1804, (14 de thermidor, año XII).

Deseo que enviéis á Tolon un correo extraordinario, á fin de participar al general Latouche, que no habiéndose podido reunir algunas divisiones de la flotilla, he creído que el retardo de un mes nos debe ser ventajoso y mucho mas por ser las noches mas largas; que mis miras son de que aproveche este retraso para agregar á la escuadra por todos los medios necesarios, el navio *Berwick*; que no es cosa que debe despreciarse un navio, el cual hará subir la escuadra reunida al número de diez y ocho.

Deseo igualmente que renoveis las órdenes para apresurar el armamento de *el Algeciras* en Lorient, pues se necesita que esté en la rada el 10 de fractidor.

Escogido un sitio á propósito á la derecha de Boloña, y á lo largo del mar, no lejos de la columna que despues se ha levantado allí, presentaba la forma de un anfiteatro semicircular como si se hubiera construido de intento, y no parecia sino que habia sido preparado por la naturaleza para algun gran espectáculo nacional. Calculado el espacio de modo que pudiera caber todo el ejército, en el centro de aquel anfiteatro se construyó un trono para el emperador, el cual debia dar la espalda al mar, y estar de frente hácia tierra; á derecha é izquierda, se construyeron unas gradas para los grandes dignatarios, los ministros y los mariscales; siguiendo todo lo largo, por ambas alas, debian desplegarse los destacamentos de la guardia imperial, y al frente, en el suelo inclinado de aquel anfiteatro natural, debian colocarse como el pueblo romano en sus vastos circos, los diferentes cuerpos del ejército formados en columnas cerradas, y dispuesto en forma de rayos que iban á parar al trono del emperador como á un centro. En cuanto al órden con que debian estar colocadas las tropas, se mandó que la infanteria se situase á la cabeza de las columnas, y detrás la caballeria para que desde sus caballos pudiera dominar á aquella.

El diez y seis de agosto por la mañana, esto es, el dia de San Napoleon, trasladáronse las tropas al sitio designado por medio de una multitud inmensa que habia acudido de todas las provincias inmediatas para presenciar aquel espectáculo, ascendiendo á cien mil hombres, casi todos ellos veteranos de la República, los que con la vista clavada en Napoleon esperaban el premio que me-

recian por sus hazañas. Colocados todos en sus respectivos sitios, salieron de las filas los soldados y oficiales que debian recibir cruces, y llegaron hasta el pié del trono imperial. Napoleon de pié les leyó la fórmula tan bella como ha hecho usar al prestar el juramento á la Legion de Honor, y todos á una voz, al son de las musicas y el estampido de la artilleria contestaron: *SI JURO*. En seguida fueron recibiendo unos tras otros la cruz que iba á reemplazar á la nobleza de la sangre, operacion que duró muchas horas, viéndose subir las gradas del trono á infanzones y simples paisanos, enagenados de gozo unos y otros porque iban á recibir un distintivo creado para premiar el valor, y proponiéndose todos verter su sangre en las costas de Inglaterra, para asegurar á su patria y al hombre que gobernaba el imperio del mundo que nadie le disputaba.

Semejante magnífico espectáculo enardeció todos los corazones; yendo á darle un viso de mayor grandeza una circunstancia imprevista. Precisamente en aquel momento entraba en Boloña huyendo del temporal, una division de la flotilla que habia salido del Havre hacia poco, y tuvo que sostener contra los ingleses un vivo fuego de cañón, á presencia de Napoleon, quien dejaba el trono de vez en cuando para ver por sí mismo con el auxilio del antejo como se portaban al frente del enemigo sus soldados de mar y tierra.

Esta y otras escenas por el mismo estilo debian alarmar á Inglaterra, de suerte que la prensa británica, injuriosa y arrogante, como lo son todos los periódicos en un país libre, se burlaba de Napoleon y de sus preparativos, pero temblaba

interiormente á pesar de su aparente sonrisa. La inquietud que reinaba en aquel pais era tan profunda como universal, y los inmensos preparativos que se habian hecho para defender á Inglaterra alarmaban á la nacion, sin tranquilizar completamente á los hombres instruidos en el arte de la guerra. Ya hemos visto que sintiendo no tener un gran ejército, como Francia sentia no tener una marina poderosa, quiso la Gran Bretaña aumentar sus fuerzas militares por medio de un cuerpo de reserva, pues parte de los hombres á quienes tocó por suerte servir en la reserva, pasaron al ejército de línea, el cual ascendia á unos ciento setenta mil soldados. A esto hay que agregar las milicias locales, cuyo número era indeterminado, y que debian servir esclusivamente en las provincias, y por último, ciento cincuenta mil voluntarios que habian ofrecido sus servicios en los tres reinos y se mostraban muy afanosos por aprender el ejercicio. Cuando se hablaba de voluntarios, se decia que eran trescientos mil, pero en la realidad solo la mitad se disponia á servir, no habiéndose intentado formalmente realizar en masa el alistamiento decretado, á pesar de que quisieron dar el impulso los principales personajes de Inglaterra poniéndose el uniforme de voluntarios, hasta MM. Addington y Pitt.

Haciendo las deducciones de costumbre, la Inglaterra, podia oponernos ciento ó ciento veinte mil soldados regulares y escocentes, las milicias que no estaban organizadas y ciento cincuenta mil voluntarios que carecian de esperiencia, no tenian general, y se hallaban mandados por oficiales medianos, cuyas tropas estaban repartidas

entre Irlanda é Inglaterra, ó cubrian los puntos de la orilla por donde se temia atacásemos nosotros. Las tropas regulares y los voluntarios que habia en Irlanda, subian á setenta mil hombres; de suerte que para Escocia é Inglaterra, quedaban de ciento ochenta á doscientos mil, tanto de voluntarios, como de línea, pudiendo asegurarse, si se tiene en cuenta el arte de mover las masas que solo poseia entonces Napoleon, que en el momento de peligro, solo podrian reunir los ingleses ochenta ó noventa mil hombres. ¿Qué hubieran hecho, pues, aunque hubiesen sido dos veces mas numerosos, cuando Napoleon podia llevar al otro lado del estrecho ciento cincuenta mil soldados aguerridos? La verdadera defensa de los ingleses estaba en el Océano y así lo conocieron ellos: como que tenian cien mil marineros y ochenta y nueve navíos de línea esparcidos por todos los mares, además de unos veinte navíos de cincuenta cañones, ciento treinta y dos fragatas y un número proporcionado en los astilleros y radas. Por supuesto que se aprovecharon como Napoleon del tiempo, para perfeccionar sus preparativos, creando *fenebles* de mar á imitacion de los de tierra, y reuniendo bajo este nombre á todos los pescadores y marineros que no estaban sujetos á la leva que se hacia periódicamente, para que esparcidos hasta el número de veinte mil á lo largo de las costas, las vigilasen con sus barcos, además de la guardia avanzada de fragatas, bricks y corbetas que se daban la mano desde el Escalda hasta el Somme. Para que nada faltase á este sistema de precauciones que hemos espuesto en otra parte, pero que perfeccionaron en los quince meses que

acababan de transcurrir, convinieron en adoptar por la noche ciertas señales para no dejarse sorprender, construyeron carros á propósito para trasportar las tropas al puesto que debian ocupar, abrieron zanjas en el suelo y colocaron en el Támesis una línea de fragatas unidas unas con otras por medio de cadenas de hierro, capaces de oponer una barrera continua y sólida á todas las embarcaciones, coronando además de artillería todas las playas desde Douwres hasta la isla de Wight, á que fuese fácil abordar,

Inmenso era el gasto que originaban todos estos preparativos, y grande la confusion que de todo ello resultaba, por manera que agitados los ánimos, como es natural, en presencia de un peligro de invasion, todo parecia malo, nada era á propósito para tranquilizarles, y con un ministerio débil cuya capacidad ponía en duda todo el mundo, no habia autoridad moral que pudiera contener el furor de censurar é inventar. Apenas se tomaba una medida se decia que era poco, ó malo, ó que no era bastante bueno, y se proponia otra cosa, llegando á tal punto el desenfreno general que hasta Mr. Pitt, que habia guardado reserva por algun tiempo, dejó de hacerlo, y criticaba amargamente las medidas tomadas por los ministros, ora por que creyese habia llegado el momento de derribarlos, ora porque efectivamente le parecieran sus precauciones insuficientes ó mal calculadas. Lo que nosotros podemos asegurar es que sus críticas eran mucho mas fundadas que las de los demas individuos de la oposicion, pues acusaba á los ministros por que no habian adivinado y evitado que en Bolo-

ña se hubiesen concentrado los barcos franceses que segun él pasaban de mil. Aunque procuraba exagerar mas bien que disimular el peligro, quedábase muy atrás de la verdad porque, incluyendo la escuadrilla bátava, ascendia su número á dos mil trescientos. Esta falta lo atribuia á ignorancia por parte del almirantazgo, que no habia sabido preveer el uso que podia hacerse de las lanchas cañoneras, y que habia empleado navíos y fragatas en sitios que tenian tan poca agua que los buques de alto bordo no podian seguir á las embarcaciones francesas. Segun su modo de ver las cosas, sostenia que con unos cuantos centenares de lanchas cañoneras, defendidas á cierta distancia por algunas fragatas, hubieran podido pelear contra los franceses con armas iguales, y destruir su inmenso armamento antes de que se hubiese reunido en la Mancha; lo cual si no tenia fundamento, era especioso.

A esto contestaban los ministros que en la última guerra habian querido hacer uso de las lanchas cañoneras, pero que no pudieron aguantar el viento. Esto prueba que los marinos ingleses no se habian dedicado tanto como los franceses á manejar esta clase de embarcaciones, pues nuestras lanchas habian navegado con bueno ó mal tiempo y si algunas baraban en los sitios donde habia poca agua, esceptuando la desgracia que sucedió en Brest, ninguna habia perecido por mal construida.

No participando tampoco Mr. Pitt de la opinion de Mr. Windham, antiguo compañero suyo, ni de su nuevo aliado Mr. Fox, quienes decian que el ejército regular no era bastante, y cono-

ciendo que no es fácil aumentar sin más ni más un ejército, sobre todo en un país donde no se quería recurrir á la conscripción, quejábanse Mr. Pitt de que no habían sacado partido de los voluntarios. Esto porque sostenía que debían de haber aprovechado la buena voluntad de aquellos ciento cincuenta mil ingleses, haciendo que adquiriesen el grado de disciplina é instrucción que eran capaces de adquirir, con lo cual no serían tan inferiores á las tropas regulares como parecían ser; y esta reconvencción fundada ó no, era tan especiosa como la anterior.

Mr. Pitt sostenía estas opiniones con extraordinario ardor y á medida que iba entrando más y más en la senda de la oposición, se unía, si no en opiniones y sentimientos, á lo menos por su conducta, á la antigua oposición whig, es decir, á Mr. Fox. Así es que estos dos adversarios que se habían hecho la guerra por espacio de veinte y cinco años, parecía que se habían reconciliado, y corría la voz de que iban á formar un ministerio juntos, de resultas de haberse desmembrado la antigua mayoría. Ya hemos visto que parte de esta mayoría militaba en la oposición con MM. Windham y Grenville: otra parte mucho mayor se unió á ellos así que Mr. Pitt levantó el estandarte de la oposición, oposición que se componía de todos los torys que pensaban que los ministros actuales eran incapaces de hacer frente á la situación y que era preciso recurrir al jefe antiguo del partido de la guerra. Por otra parte la antigua oposición whig, dirigida por Mr. Fox, aunque había tenido algunas deserciones, tales como las de MM. Tierney y

Sheridam que se decía se habían unido á Mr. Addington, se aumentó extraordinariamente por una circunstancia de corte. Decíase que el rey había vuelto á perder el juicio y se anunciaba como próxima la regencia del príncipe de Gales; y como este príncipe, indispuerto antes con Mr. Pitt y en la actualidad con Mr. Addington, era muy amigo de Mr. Fox, á quien debía tomar por ministro, según se creía; cierto número de individuos de la cámara de los comunes, que obraban á influjo suyo, fueron á aumentar las filas del partido de Mr. Fox. Gracias á esto, unidas las dos oposiciones, y aumentadas una con las que se fueron tras de la bandera levantada por Mr. Pitt, y otra con las que seguían á Mr. Fox creyendo no tardaría en subir al poder, equilibraban casi la mayoría del ministerio Addington.

En varias votaciones conoció el gabinete á poco la gravedad del estado de las cosas; pues Mr. Pitt presentó en marzo una proposición pidiendo los estados comparativos de la marina inglesa en 1797, 1801 y 1803, y con ayuda de los amigos de Mr. Fox consiguió reunir ciento treinta votos en pró de su proposición contra doscientos uno: es decir, que los ministros solo obtuvieron una mayoría de setenta votos, y cualquiera que comparase aquella votación con las anteriores no podía menos de sorprenderse al ver el progreso que iba haciendo la oposición. Animados los nuevos aliados con tan buen éxito multiplicaron las proposiciones, y en abril pidió Mr. Fox se nombrase una comisión para que examinara todas las medidas tomadas en defensa del reino desde que empezó

la guerra, lo cual equivalia á someter al juicio del parlamento la conducta y capacidad del ministerio Addington. Aquella vez tuvo menos votos la mayoría; pues la oposicion reunió doscientos cuatro, y los ministros doscientos cincuenta y seis, esto es, cincuenta y dos mas que aquella. De dia en dia iba minorándose la espresada mayoría y ya se anunciaba en el mes de mayo otra proposicion que debia dejar definitivamente á los ministros en minoría, cuando lord Hawkesbury declaró en términos bastante claros para que todos lo entendiesen, que la última proposicion era inútil; pues el gabinete iba á disolverse.

El anciano monarca que queria en extremo á MM. Addington y Hawkesbury así como muy poco á Mr. Pitt, acabó no obstante por llamar á este al poder, volviendo en consecuencia á tomar las riendas del estado con encargo de mejorar, á ser esto posible, la fortuna de Inglaterra, el personaje célebre y poderoso que ha sido enemigo nuestro por tanto tiempo. Al entrar en el gabinete, dejó fuera á sus antiguos amigos MM. Windham y Grenville, y su reciente aliado Mr. Fox, doble infidelidad que mereció una critica severa dándosele muy diversa esplicacion. Lo mas verosímil es que no quiso por compañeros á MM. Windham y Grenville por ser torys demasiado exaltados, y que el rey por su parte no quiso para ministro á Mr. Fox por ser un whig demasiado declarado. Muchos le criticaron porque no puso nada de su parte para convencer á Jorge III, porque hubiera sido de desear en vista de los peligros de que el país se veia amenazado, que los dos hombres de mayor talento que habia en Inglaterra, se hu-

biesen unido para dar al gobierno mas fuerza y autoridad.

Sin embargo, tal era el influjo que Mr. Pitt ejercia en los ánimos, tenian tal confianza en su persona, que él solo bastaba para dar crédito al poder. Así es que apenas subió al ministerio, pidió 60 000,000 para gastos secretos, y se dijo que era para anudar las relaciones que en otro tiempo tuvo Inglaterra con el continente, pues le miraban, y con razon, como el mas á propósito de todos los ministros para resucitar las coaliciones, por el mucho crédito que gozaba en las córtes enemigas de Francia.

Tales fueron los sucesos que tuvieron lugar en Inglaterra mientras Napoleon se ceñia la corona imperial, y se disponia á forzar la barrera del Océano, trasladándose para ello á Boloña. Parecia que la Providencia volvia á poner en escena á aquellos dos hombres para que luchasen por última vez con mas encarnizamiento que nunca, Mr. Pitt suscitando coaliciones, lo cual sabia hacer muy bien, y Napoleon destruyéndolas á sablazos, cosa que sabia hacer mucho mejor.

Napoleon miraba con bastante indiferencia lo que sucedia al otro lado del estrecho, y se reia de los preparativos ingleses con mucha mas sinceridad que los periodistas británicos de nuestras lanchas, no pidiendo al cielo otra cosa sino poder disponer en la Mancha por cuarenta y ocho horas de una escuadra, para dar buena cuenta de todos los ejércitos que se habian reunido entre Douvres y Lóndres. Los sucesos ministeriales de Inglaterra solo le hubieran interesado si hubiese subido al poder Mr. Fox, pues como creia en la sinceridad

de aquel hombre de estado y en las buenas disposiciones que abrigaba con respecto á Francia, habria abandonado las ideas de guerra por otras de paz y aun de alianza; pero la subida de Mr. Pitt fué á probarle, por el contrario, que era preciso acabar de una vez, dando un golpe atrevido y desesperado en que se jugase la existencia de ambas naciones. No obstante, los 60.000,000 para gastos secretos que pidió Pitt y que solo podian servir para llevar á cabo algun plan oculto acerca del continente, le llamaron la atencion, pareciéndole que Austria procedia con mucha lentitud en lo de enviar las nuevas credenciales, y obraba con muy poca franqueza en el asunto de la nota rusa pasada á la dieta de Ratisbona. Al fin recibió por conducto de Mr. de Oubril la contestacion que el gabinete de San Petersburgo daba al despacho en que se hacia alusion á la muerte de Pablo I, contestacion que indicaba existia un proyecto oculto, y como Napoleon era tansagaz, vislumbró un principio de coalicion en Europa, quejándose á Mr. de Talleyrand de lo crédulo que era, y de lo complaciente que se mostraba con los señores de Cobentzel, y añadiendo que á la menor sospechá que tuviese del continente, caeria, no sobre Inglaterra, sino sobre la potencia que le hubiese alarmado, porque no era tan loco que fuese á pasar la Mancha, no estando completamente tranquilo por la parte del Rhin. Esto es lo que escribió desde Boloña á Mr. de Talleyrand, diciéndole era preciso provocar una esplicacion de los gabinetes de Austria y Rusia, cuando una desgracia repentina y digna de sentirse eternamente, fué á poner término á su incertidumbre, obligándole á retardar

sus proyectos de desembarque por algunos meses mas.

El valiente cuanto infortunado Latouche-Treville, á quien devoraba una enfermedad mal curada, y un ardor que no podia dominar, falleció el 20 de agosto en el puerto de Tolon, en visperas de hacerse á la vela, suceso tristisimo que supo Napoleon en Boloña á últimos de agosto de 1804, en el momento en que dispuesto á embarcarse, asaltábanle algunos presentimientos de que se estaba haciendo ó se hacia una coalicion europea, y le daban de vez en cuando tentaciones de no dirigir sus golpes contra Lóndres sino contra otra parte. Muerto el gefe de la escuadra de Tolon, era menester, de pura necesidad, aplazar la expedicion á Inglaterra, pues para escoger otro almirante, nombrarle y darle tiempo para que se enterase del estado en que se hallaba la escuadra que iba á mandar, se necesitaba mas de un mes. A todo esto tocaba agosto á su fin, de suerte que debiendo obrar en octubre para salir de Tolon, y en noviembre para llegar á la Mancha, habia que hacer una campaña de invierno, recurriendo á nuevas combinaciones.

Sin detencion trató de buscar Napoleon un hombre que reemplazase al almirante Latouche, escribiendo al ministro Decrés:—Sin pérdida de momento hay que enviar un almirante que pueda mandar la escuadra de Tolon, porque no puede estar peor que lo está hoy en manos de Dumañois, quien ni es capaz de mantener la disciplina en una escuadra tan grande, ni de hacer que obre... Me parece que solo hay tres hombres que merezcan hallarse al frente de la escuadra de To-

lon, Bruix, Villeneuve ó Rosily: de consiguiente, sondead á Bruix, pues Rosily tiene buena voluntad, pero en el espacio de quince años no ha hecho nada.... Lo que urge es tomar un partido....» (28 de agosto de 1804).

Desde entonces conoció que el establecimiento naval y militar que habia creado en Boloña, no seria tan pasagero como supuso en un principio, y se ocupó allí mismo en simplificar su organizacion para que fuese menos costosa, y perfeccionarla mas y mas bajo el aspecto de las maniobras.—Hasta aquí, escribió á Decrés, hemos considerado á la flotilla como propia para una expedicion; pero de hoy mas es preciso considerarla como un establecimiento fijo, y cuidar de darle un carácter de estabilidad, haciendo que se rija por otras reglas que la escuadra.» (18 de setiembre de 1804, 23 de fructidor, año XII).

Y en efecto, simplificó las ruedas administrativas, suprimió muchos empleos duplicados, que provenian de haber unido los ejércitos de mar y tierra, revisó los sueldos, y se ocupó, para decirlo de una vez, en organizar la flotilla de Boloña de un modo particular, que al propio tiempo que costase lo menos posible, pudiese durar tanto como la guerra, y continuar existiendo si el ejército se veia obligado á dejar por un momento las costas de la Mancha.

Tambien ideó dividirla en escuadrillas, para que los movimientos de aquellos dos mil trescientos barcos se ejecutasen con mas orden, adoptando definitivamente la distribucion que sigue: nueve lanchas cañoneras ó barcos formaban una seccion, y contenian un batallon, y dos secciones

componian una division, llevando un regimiento. Como los peniches solo podian contener la mitad de gente, su número debia ser doble, de suerte que la division de peniches se componia de cuatro secciones ó treinta y seis peniches, en vez de diez y ocho, á fin de que pudiera caber en ellos un regimiento de dos batallones; varias divisiones de lanchas, botes y peniches, formaban una escuadrilla, y debian trasportar varios regimientos, es decir, un cuerpo de ejército. De cada escuadrilla dependia cierto número de los barcos de pesca ó cabotage que habia dispuestos para embarcar los caballos de la caballeria y los bagages mayores, y toda la flotilla estaba dividida en ocho escuadrillas, situadas dos en Etaples para el cuerpo del mariscal Ney, cuatro en Boloña para el que mandaba el mariscal Soult, y dos en Wimerieux para la vanguardia y la reserva. Segun el nuevo proyecto que con bastante espacio se habia madurado, el puerto de Ambleteuse estaba destinado á la escuadrilla bátava y esta encargada de trasportar la division del mariscal Davout. Cada escuadrilla la mandaba un oficial superior, y maniobraba en la mar con toda independencia, aunque combinada con el conjunto de las operaciones, de suerte que las distribuciones de la escuadrilla estaban completamente adaptadas á las del ejército.

Durante este tiempo, el almirante Decrés habia hecho llamar á su lado á los almirantes Villeneuve y Missiessy, para proponerles los mandos vacantes. Considerando á Bruix indispensable en Boloña y á Rosily como muy poco acostumbrado al mar, juzgó que Villeneuve seria el mas

á propósito para mandar la escuadra de Tolon y Missiessy la de Rochefort, que Villeneuve acababa de dejar vacante. El almirante Villeneuve á cuyo nombre acompaña una triste celebridad, tenía genio, valor y el conocimiento práctico de su estado, pero no tenía firmeza ninguna de carácter. Con una imaginación siempre y al mas alto punto dispuesta á recibir la mas leve impresión, era capaz de exagerarse sin término las dificultades de una situación, hasta caer en ese estado de abatimiento en que se pierde del todo el dominio sobre el corazón y la razón. El almirante Missiessy, menos hábil, pero mas frío, era poco susceptible de elevarse, pero poco susceptible tambien de dejarse abatir. A entrambos dominaba el almirante Decrés y así trató de vencer en ellos la desmoralización que se había introducido no ya entre los marineros y oficiales, animados todos de un noble ardor, sino en los comandantes de las escuadras, que podían perder en las batallas algo mas precioso que la vida, es decir, su reputación; hizo, pues, aceptar al almirante Missiessy el mando de la escuadra de Rochefort, y al almirante Villeneuve el de la escuadra de Tolon. Tenía el ministro para con este último una grande amistad que fechaba desde los primeros años de su infancia, y así fué que le confesó el secreto del emperador y la inmensa operación á que estaba destinada la escuadra de Tolon, y por último, exaltó su imaginación manifestándole una grande empresa que llevar á cabo y honores aun mas altos que obtener; ¡deplorable tentativa de una antigua amistad! aquella exaltación momentánea debía producir en Villeneuve un abatimiento fu-

nesto y proporcionar á la marina francesa los mas deplorables desastres.

El ministro se apresuró á escribir al emperador el resultado de sus conferencias con Villeneuve y el efecto que había producido en este oficial las perspectivas de peligro y gloria que había puesto ante sus ojos (1).

(1) Citamos la carta del almirante Decrés, porque es importante saber á lo que debió su nombramiento el hombre que perdió la batalla de Trafalgar.

«Señor, escribía el ministro, el vice-almirante Villeneuve y el contra-almirante Missiessy están aquí...

He tenido una conferencia con el primero sobre el gran proyecto.

Me ha escuchado con calma, y ha guardado silencio algunos momentos. Luego, con una sonrisa muy tranquila, me dijo:—Algo de eso me esperaba yo: pero para que esos proyectos sean aprobados es necesario que se terminen.

Me tomo la libertad de transcribiros al pié de la letra su respuesta en una conversacion particular, porque ella os dará á conocer mejor que pudiera hacerlo yo el efecto que ha producido en él la manifestación. Añadí:—*No perderé cuatro horas en reunirme al primero, con los otros cinco y los míos, tendré fuerzas suficientes. Es menester salir victorioso, y para saber hasta qué punto podré serlo, es preciso poner manos á la obra.*

Hemos hablado del rumbo y piensa como V. M.: no se ha detenido en los casos desfavorables, sino lo suficiente para darme á entender que no habrá nada que le intimide; en una palabra, su valor no ha decaído por nada.

El empleo de gran oficial y el de vice-almirante han hecho de él otro hombre. La idea de los peligros ha huido ante la de la esperanza de gloria, y concluyó diciéndome:—*Me consagro totalmente á la empresa*, y esto lo dijo con el tono y actitud de una decisión fría y positiva.

Napoleon que tenia un conocimiento profundo de los hombres, no contaba con nadie capaz de reemplazar al almirante Latouche. Siempre ocupado de su proyecto lo modificó de nuevo, y le dió aun mayores dimensiones, conforme las circunstancias que habian sobrevenido. El invierno volvia á la escuadra de Brest la libertad de sus movimientos, interrumpiendo la continuacion del bloqueo. Aunque Ganteaume estuvo falto de carácter en 1801, mostró sin embargo, en mas de una ocasion valor y particular afecto á Napoleon, por lo cual este quiso confiarle la parte mas brillante y difícil del plan. Aplazó la expedicion para despues del 18 de brumario (9 de noviembre), época fijada para la ceremonia de la coronacion, y resolvió hacer salir á Ganteaume en tan cruda estacion con quince ó diez y ocho mil hombres destinados á Irlanda, y despues que los hubiese desembarcado en uno de los puntos accesibles de esta isla, hacer que se trasladase inmediatamente á la Mancha para proteger el paso de la escuadrilla.

Saldrá para Tolon cuando V. M. se sirva decirme si no tiene otras órdenes que darle.

El contra-almirante Missiessy es mas reservado conmigo; pide permanecer aqui; manifiesta mucha calma, pero no lo da á entender tanto como Villeneuve. Me han dicho que está resentido de que V. M. no le haya dado la escuadra del Mediterráneo. Lo está tambien por no ser vice-almirante. Su grande argumento para con sus amigos, es que si no ha hecho nada durante la guerra, tiene á lo menos el honor de no haber sufrido reverses. Le he dado orden de ir á tomar el mando de la escuadra, y cuento con que dentro de ocho dias estará de camino. Necesitará cinco ó seis para llegar á su destino.

Con arreglo á este plan modificado, los almirantes Missiessy y Villeneuve estaban encargados de otra muy diferente mision que la que se habia encomendado á las escuadras de Tolon y Rochefort, cuando Latouche-Treville las mandaba. El almirante Villeneuve saliendo de Tolon, debia ir á América á reconquistar el Surinam y las colonias holandesas de la Guyana y una division, sacada de la escuadra del mismo almirante, debia apoderarse de la isla de Santa Elena al paso. El almirante Missiessy tenia orden de echar tres á cuatro mil hombres de refuerzo en las Antillas francesas, y levantar luego las inglesas sorprendiéndolas casi indefensas; y por último, reuniéndose despues ambos almirantes para volver de concierto á Europa, tenian por última instruccion hacer levantar el bloqueo del Ferrol y volver á entrar en Rochefort con veinte navíos. Habíaseles ordenado salir antes de Ganteaume, para que los ingleses noticiosos de su salida, se dirigiesen en su seguimiento, á cuyo fin queria Napoleon que Villeneuve saliese de Tolon el 12 de octubre, Missiessy de Rochefort el 1.º de noviembre, y Ganteaume de Brest el 22 de diciembre de 1804. Consideraba como cosa cierta que los veinte navíos de Villeneuve y de Missiessy harian salir otros treinta lo menos de los mares de Europa, porque los ingleses, atacados de repente por todas partes, no podian dejar de enviar socorros á los diferentes puntos, en cuyo caso era probable que el almirante Ganteaume tuviese suficiente libertad para efectuar la operacion que tenia á su cargo, la cual consistia en tocar primero en Irlanda, y presentarse despues á la vista de Boloña, ya dando la vuelta por